

Prólogo a un libro que no pensaba escribir

Hay libros que uno planea con escuadra y cartabón. Otros, simplemente, te asaltan. Te encuentran. Se te imponen. Este pertenece al segundo grupo. Si me hubiera parado a pensarlo fríamente, jamás lo habría escrito. No era un tema que, *a priori*, me llamara intelectualmente. De hecho, me daba cierta pereza. ¿Volver a hablar de los mandamientos? ¿En pleno siglo XXI? ¿No está todo dicho ya?

Pero la vida, que tiene un sentido del humor muy particular (y que a menudo coincide con la Providencia), me demostró que no. Que no estaba todo dicho. O, mejor, que lo que se había dicho se había entendido rematadamente mal.

Todo comenzó con una comida. Es como suelen comenzar las cosas importantes de mi vida. Invitaba Gerard, un antiguo compañero de pupitre en Viaró, el colegio del Opus Dei en el que estudié de los 6 a los 18 años. Era una escuela en la que la formación religiosa era un pilar fundamental, una constante. Podríamos decir que tuvimos una inmersión completa: ofrecimiento de obras, Ángelus, pláticas, Misa, confesión, dirección espiritual, acompañamiento, retiros, convivencias...

La intención de nuestros educadores era buena, sin duda: querían darnos una brújula moral sólida. Pero ya sabes lo que dicen de las dosis: la diferencia entre el remedio y el

veneno suele estar en la cantidad (y en el modo de administrarla). La paradoja es que, para muchos de mi generación, aquella sobredosis provocó el efecto contrario al deseado. Generó anticuerpos.

Gerard era el vivo ejemplo de esto. Mientras dábamos cuenta de unos platos deliciosos y unas copas de vino que ayudaban a soltar la lengua y el alma, la conversación derivó hacia lo trascendente.

—Quim, yo no practico. Y no es por dejadez. Es que... Estoy hartos.

Lo dijo con una mezcla de tristeza y rabia contenida, removiendo un café que ya se había quedado frío.

—Honestamente, nunca le encontré el sentido. Para mí, la espiritualidad siempre fue un listado interminable de normas, un “tienes que hacer esto” y “no puedes hacer aquello”. Un traje que me obligaban a ponerme y que me apretaba por todas partes. Y encima, veía a gente que se daba golpes de pecho en la iglesia y luego eran unos auténticos depredadores en su vida diaria. Esa incoherencia me mató.

Me miró a los ojos, buscando comprensión, y sentenció:

—He llegado a la conclusión de que prefiero ser una buena persona sin religión, que un beato amargado, un hipócrita o un malnacido.

Sus palabras fueron un dardo. No porque fueran nuevas, sino porque eran verdaderas. Reconocí en él la herida de tantos hombres y mujeres contemporáneos. No era el rebote superficial de un adolescente rebelde; era el hastío de un adulto que se siente estafado. Alguien que intuye que debe haber algo más, pero que ha cerrado la puerta porque lo que

le vendieron como religión no le daba vida, sino que se la quitaba.

Quizás a ti, que ahora sostienes este libro entre las manos, te pase algo parecido. Tal vez la palabra “Dios” te genere una extraña mezcla de nostalgia y rechazo. Tal vez sientas que la fe debería ser un fuego que calienta, pero solo recuerdas las cenizas de la culpa y el miedo... Y la frialdad de quien te juzgaba desde su púlpito. Tal vez te han hecho creer que ser creyente significa dejar el cerebro en la puerta del templo y renunciar a ser libre. Si algo de esto te resuena, déjame decirte algo: no estás solo, no estás sola. Muchos hemos pasado por donde tú estás ahora mismo... Y este libro está escrito especialmente para ti.

Recuerdo que, tras escuchar a Gerard, me quedé un instante en silencio y luego le dije:

—Te entiendo perfectamente. Pero déjame proponerte una imagen. Imagina que la fe, el anhelo de infinito que todos tenemos, es la necesidad de ver el Sol. Es el contacto con la Luz, con la Energía, con la Plenitud. Llámalo como quieras.

Gerard asintió.

—Bien —continué—. La religión, las tradiciones, los ritos... son una ventana del alma. Están ahí para dejar pasar esa Luz. Pero, ¿qué ocurre si esa ventana, construida hace siglos, lleva años sin limpiarse? ¿Qué pasa si está cubierta de mugre, de polvo, de pintura vieja, de miedos medievales y de interpretaciones caducas?

—Que no se ve nada —respondió él.

—Exacto. La luz apenas entra. Y lo poco que ves a través del cristal está distorsionado, es oscuro, triste. Ahora dime: ¿La culpa es del Sol? ¿Dirías que la luz no existe? No. El problema es la ventana.

Lo que muchos hemos recibido no es una fe viva, sino un barniz cultural. Una capa de chapa y pintura para cumplir con el expediente social. Se nos entregó un mapa de normas (“haz esto”, “no hagas lo otro”) pero nadie nos enseñó a disfrutar del viaje ni a entender el porqué de la ruta. Por dentro, nada ha sido asimilado, nada ha sido comprendido, nada ha sido interiorizado, nada ha echado raíces en el corazón. No nos ha transformado, no nos ha religado, no nos ha puesto en contacto con la luz del sol.

Se nos han transmitido una serie de normas y obligaciones para honrar y cuidar de la ventana —que se nos ha vendido como muy importante— pero no se nos ha enseñado a limpiar el cristal ni a dirigir la mirada hacia la luz del sol. Dicen que, cuando el sabio señala a la luna, el idiota se queda mirando ese dedo. Puede que nosotros seamos el idiota, y puede que no sea solo culpa nuestra. Porque en muchos casos, se nos ha condicionado para cumplir esas normas sin entenderlas ni vivenciarlas en toda su profundidad. Se ha jugado con la culpa y el miedo para que hagamos lo que se supone que debemos hacer, sin asegurarse de que lo que estábamos haciendo tuviera en nosotros los efectos que debería haber tenido.

Cuando empecé a compartir con Gerard la visión que vertebra este libro —la idea de que las cosas no son malas porque ofendan a Dios, sino que son pecado porque nos

dañan y nos impiden disfrutar de la luz del Sol—, vi en sus ojos una sorpresa genuina. Era como si le estuviera mostrando un mapa de un territorio que él siempre había intuido pero que le habían dicho que no existía.

—Ostras, Quim —me interrumpió—. Esto es otra cosa. Esto sí puedo entenderlo y compartirlo. Me resuena. La pregunta es... ¿por qué nadie me lo había explicado así antes?

Su pregunta se quedó flotando en el aire, cargada de todo el peso de una vida. Y es la misma pregunta que espero que te hagas tú al terminar de leer este libro que jamás pensé que escribiría.

Mi objetivo con estas páginas no es darte un nuevo catecismo, sino invitarte a una conversación. Un viaje para que te atrevas a pensar por ti mismo, a sentir por ti mismo, a experimentar por ti mismo, por ti misma.

Para empezar, solo te pido que vengas con la mente abierta. Aparca por un momento las etiquetas y las heridas del pasado. Permítete la libertad de explorar estas ideas como si fuera la primera vez que las escuchas. La fe verdadera, la que transforma, siempre empieza cuando nos atrevemos a doblar la esquina del miedo.

Porque, ¿y si esa imagen de un Dios vigilante, que se ofende con facilidad, fuera una caricatura infantil? ¿Y si el pecado no tuviera nada que ver con enfadar a un ser supremo, sino con romperte a ti o a quienes te rodean? Esta es la tesis que vamos a explorar. Una idea simple pero revolucionaria que lo cambia todo. La idea de que, en el fondo, *Dios no se ofende*. Y, si eso es verdad, entonces toda

la moralidad que hemos construido sobre el temor se desmorona, dejando espacio para algo mucho más emocionante, razonable, humano y divino: una ética del cuidado, de la plenitud y de la responsabilidad gozosa.

¿Te atreves a seguir explorando? Si la respuesta es sí, pasa la página. Empezamos a desmontar el gran malentendido.